

Lo dice el periódico

POR LAS MANOS DE DEDOS CORTOS supe que le gustaban las riquezas materiales, por la nariz chata que era hombre de poco carácter, por la mirada perdida que era soñador pero sólo en el juego, por el cuerpo enjuto que era contable. En ninguno de mis presentimientos (prefiero ese término al de intuición femenina que tanto usa mi editor cuando me pongo a especular) me equivoqué porque me fue revelado, en nuestros posteriores diálogos, que efectivamente le gustaban el juego y las apuestas, apostaba en cualquier momento y por cualquier cosa; que por profesión se dedicaba a la contabilidad de varias empresas pequeñas y que trabajaba desde casa. Y si habitualmente le costaba mirar a los ojos como le sucedería a cualquier ser desdichado, cuando hablaba de sus temas predilectos –cartas, dados, caballos, galgos– le chispeaba la expresión como el sediento que descubre un oasis.

–He aquí –me dije un hombre perfecto para pedirle que cometa un asesinato.

Dije eso en mi cabeza con la misma facilidad con que podría haber dicho cualquier otra cosa: he aquí un hombre perfecto para ir con él de excursión o para preguntarle la hora o para hablar del tiempo, pero no sé por qué se me ocurrió que podía ser un asesino –peor aún, que tenía que serlo. Seguí especulando: que si vivirá seguramente solo y que si no tendrá amigos, que por esa mirada opaca cuando no habla de apuestas parece que le dominaran creencias poco intransigentes; es decir, es posiblemente un hombre amoral. Se le ve preocupado sólo por lo inmediato y soñará

con un pequeño capital para abrir un despacho en el centro de la ciudad y al que pueda llegarse con facilidad por los medios de transporte público, soleado en invierno y fresco en verano, para qué más, sí, para qué más... a eso se reducen sus sueños, a un despacho en un lugar céntrico y bien situado, el futuro asegurado monetaria y geográficamente.

–Un hombre ideal para pedirle el favor de que asesine en mi nombre –volví a pensar.

Esta vez lo taché de pensamiento extravagante; no porque me pareciera moralmente reprobable –que lo era y que me lo parecía– sino porque realmente yo no tenía la intención, al menos de momento, de matar a nadie.

En la pequeña sala de la primera planta de la biblioteca me dedicaba a diario a la biografía que me ocupaba desde hacía meses. Era la décima biografía que publicaría en quince años, y mi editor la esperaba acabada en pocas semanas. Contar las vidas ajenas de hombres y mujeres célebres me servía de doble propósito: primero, llevar una vida si no fastuosa, sí al menos holgada; y en segundo lugar, llenarla de actividad, pues en mi vida pocas cosas sucedían a diario. Para contar vidas memorables, uno tenía que llevar una vida anodina, yo siempre le decía a mi editor, porque de lo contrario se impondría el ego y no habría tiempo para los demás y sus victorias. Y cuando mi editor quería contradecirme y hablarme de otras maneras de hacer las cosas y de, al fin y al cabo, experimentar la vida en la propia carne en lugar de tanto especular, yo también le respondía con lo mismo: me basta con vivir al servicio de las vidas ajenas, yo no quiero más, ¿o es que no lo entiendes?

Tengo que decir que en estas etapas finales y tras la disciplina férrea de los primeros meses de investigación, mi dedicación profesional no era ya tan en cuerpo y

alma como al principio. Por eso me permitía a mí misma un pequeño lujo, indicación de que quedaba ya poco para dar la biografía por terminada: debajo de los volúmenes amarillentos de los libros de consulta y más debajo aún de los textos que analizaba y traducía, se ocultaba una novela policíaca para la pura distracción, de un autor menor y de un tema hartamente explotado, y que de vez en cuando ojeaba en momentos robados a mi trabajo. Lo que ahora leía era el último libro que me había recomendado mi librería Aurelia: “*una obra maestra del suspense, puedes estar segura, y ni siquiera tú con tu instinto de detective podrás saber hasta el final quién es el verdadero asesino*” me había dicho. Yo también, a mi humilde manera, apostaba, pero siempre con Aurelia, sobre quién tenía que ser el asesino del próximo libro que ella me recomendaba. Es posible que la lectura de las páginas de ese nuevo texto, sobre un asesino sagaz cuya identidad se les escapa a todos los demás personajes del libro, sita la acción en un lugar de la tranquila campiña y en un caserón enorme y antiguo, me impulsara a ver en el rostro del hombre que estaba frente a mí a un ser despiadado y criminal, y por curiosidad me presenté ante Neverseen un día. Así empezaron nuestros encuentros: nos veíamos de vez en cuando en aquella sala de lectura y simplemente cruzábamos miradas –las suyas siempre se me antojaban asesinas. Más adelante hubo alguna conversación en voz muy baja de mesa a mesa, o en voz regular a la salida.

Ya le dije a Neverseen desde el primer momento que no me interesaban ni las apuestas ni los galgos, sino sólo el asesinato, incitándole a que me hablara de cosas en las que, estaba segura, él era un experto. Cuando mencioné aquella palabra, *asesinato*, me miró como quien ha encontrado a un viejo amigo, pero no había manera de sacarle de esa encrucijada de apuestas y contabilidad. Galgos, adición, caballos, sustracción, como las direcciones del compás. Dijera lo que dijera Neverseen, yo seguía con mis

especulaciones a pesar de su insistencia con los números y el juego, era como no escuchar lo que él me decía e inventarme lo que tendría que haberme dicho. Estaba segura de que Neverseen terminaría contándomelo todo, pero no para quitarse un peso de encima sino sencillamente para impresionarme. Hasta me dio por pensar que para él el crimen no era un atentado contra las buenas costumbres o el orden establecido sino que constituía más bien una manifestación de su particular desamparo como hombre que ignora de qué modo penetrar en la mente y en el cuerpo de otros sin que haya un considerable derramamiento de sangre. Yo, en mi afán de redimirle y sin que él me hubiera dicho una sola palabra de todo esto, pensé en hablarle de otros caminos de comunicación, del diálogo y de la amistad y hasta de la devoción al trabajo, y cuando un día por fin me dispuse a hacerlo, él se levantó de su mesa diciendo "¡Vuelvo en dos minutos!".

Aproveché su visita a los lavabos para acercarme a su mesa y ojear lo que estaba leyendo y consultando. Había que comprobar que, al igual que me sucedía con las novelas policíacas, tampoco en esta ocasión me había confundido con mis presentimientos.

Y sin embargo, cuando vi lo que Neverseen tenía sobre su mesa no pude –no quise– creerme que yo había tenido razón desde el principio.

Allí había fotocopias varias de crónicas sobre asesinatos célebres, los juicios concluyentes, los detalles de la expiación y el encarcelamiento; libros apilados sobre asesinos de renombre; a la izquierda recortes de periódico donde se narraban crímenes varios, y a la derecha recortes con fecha algo posterior en los que se recogían los castigos aplicados en cada caso (o aplicables, en aquellas situaciones en que no se había apresado aún a los culpables); y en el centro de aquella confusión, se veía un bloc de

notas donde estaban escritas en rojo casi todas las páginas. Tras percatarme de que Neverseen aún no volvía, me puse a ojear con verdadero celo todo aquel material. Y entonces me di cuenta de que había descubierto un tesoro.

Delante de mis ojos estaba la supuesta confesión de sus crímenes atroces, escrita con un rojo de sangre, y junto a cada uno –un crimen por página– una relación de apuestas a favor y en contra, y por columnas: cuánto tardaría la víctima en morir, habría o no habría sufrimiento, serían pronunciadas o no unas palabras finales: éste cinco a dos, ése siete a uno, ese otro treinta y uno a tres; y luego, el resultado de la experiencia y las oportunas calificaciones: extraordinario, bueno, pasable. El examen fugaz de aquellos datos me bastó para confirmar que mis percepciones correspondían a una situación verídica y que Neverseen era, realmente, un criminal. Y al mismo tiempo que me felicitaba a mí misma, sentí una terrible turbación que me oprimía, porque todo aquello era real, era la propia vida, era parte de esa vida mía que tan poquísimo contaba. Y además me sucedía a mí... a mí, a quien nunca le pasaba nada memorable ni consecuente ni interesante. Sin pensarlo más, me guardé aquel bloc debajo de los viejos volúmenes, y ahora le hacía compañía a mi novela policíaca.

Levanté los ojos y le vi a Neverseen de lejos, acercándose hacia mí con sigilo. Tenía que ser de origen extranjero, no tanto por el apellido como por sus facciones angulosas y cutis de cera, por sus cabellos pajizos y sus ojos de color indefinido. Y si hasta ese momento yo no le había considerado nada más que una mera curiosidad de ser humano, ahora estaba convencida de hallarme en presencia de un curtido asesino.

–*Deus et dominus...* –dije para mí al verle llegar, citando de la biografía que me ocupaba.

Neverseen tomó asiento. Todo estaba como él lo había dejado, pero faltaba su bloc de notas. Yo no quise levantar la vista.

–¡Pssst! – me dijo y le temblaba la voz–. ¡Pssst, señorita!

Lo miré por encima de las gafas de leer.

–¿Sí?

–Si quiere puede quedarse con el bloc, pero le aconsejo que no se lo enseñe a nadie.

No pude contenerme y con tremenda excitación le hablé como le habría hablado al asesino de mi novela policíaca.

–Ahora irá a decirme que todo lo que ha escrito es imaginario y que no se corresponde con los hechos. Pues aquí tengo la prueba de que es cierto lo que llevo sospechando desde hace tiempo. Tengo un documento que puede costarle la libertad, no sé si me comprende.

Yo seguía tomando notas de lo mío. Pero Neverseen quiso sorprenderme por completo:

–Lamentablemente lo ahí detallado es mentira, me lo he inventado todo. ¿Qué se apuesta?

–¡Es todo verdad, estoy convencida! –repuse de inmediato, con los puños sobre la mesa.

–¿Todo verdad? ¿Cómo en sus biografías? –me dijo arrugando mucho los ojos, que se le volvieron sonrosados con el súbito flujo de sangre.

–¡Yo no miento en lo que escribo!

Proseguí con mi lectura, sin dedicarle una sola mirada.

–Pues yo... yo escribo sobre los crímenes que me gustaría cometer, pero los vivo solamente en la página impresa.

Miré alrededor nuestro. Reinaba el silencio en el resto de la biblioteca.

–¡No, esos crímenes son reales! –dije tratando de bajar la voz, cuando quería haber gritado.

Neverseen abrió mucho los ojos y habló entre susurros.

–Yo... yo no he vivido lo que me habría gustado vivir, y es por eso que... que necesito una biografía, la mía.

Me crucé de brazos.

–Pues yo tampoco he vivido, pero no por eso me invento cosas sobre mí misma.

Neverseen trató de sonreír.

–Es tan fácil inventarse una nueva biografía sobre lo que nos gustaría ser. Usted lo hará mejor que yo, puesto que es una profesional.

–¿Yo...? Yo no invento nada, yo no imagino nada... los hechos hablan por sí solos...

–Vamos, vamos. Seguro que añadirá de su cosecha cuanto le apetezca.

–Le digo que yo...

Neverseen levantó la mano para que me callara. Los ojos se le inflamaron aún más, y miró la cúpula de la vieja biblioteca.

–Pues en mi caso podría imaginarme... –susurró– sí, podría imaginarme que soy un asesino, y también podría imaginarme... sí, que veo los espavientos finales de las víctimas y que escucho su voz doliente... podría imaginarme que estoy retorciendo mis dedos sobre su tenso cuello en espera de que cesen la respiración y el pulso, y de que se enfríen sus cuerpos. Yo diría... yo diría por ejemplo que hubo más de veinte... ¿o tal vez fueron treinta? Yo diría, por ejemplo, que perdí la cuenta después de cinco o seis... Yo diría que en mi propio dormitorio acababa con ellos, que con cada víctima empleaba un método distinto, que cada crimen fue único y especial...

Miré a mi alrededor por si alguien había escuchado aquellas palabras. Pero no, los pocos que había en la biblioteca seguían pegados a sus libros.

—¡Cállese, cállese!

—¿Qué le parece todo esto que le cuento? ¿Es material de biografía, o no lo es? Dígame usted, que es la experta en la materia...

Al ver que yo no respondía, Neverseen extendió las manos sobre la mesa, tratando de estirar los dedos cortos lo más que podía.

—Si le he hablado así —dijo bajando mucho más aún la voz, pero sus ojos habían perdido aquella tensión sanguinaria— es porque a usted le interesa lo que les sucede a los demás y por eso puede entenderme. Su trabajo, por lo que veo, consiste en llenar los espacios en blanco de una vida de la que sólo nos constan los hechos notables. En cierto modo, eso me pasa a mí. Los titulares, en mi caso, son fascinantes, pero falta el cuerpo del artículo. Le confesaré, y me duele hacerlo, le confesaré que... que mi interés por el momento es teórico, pero algún día pasaré a la acción, ¿qué se apuesta?

—Yo... —empecé a decir.

Neverseen esbozó una tenue y triste sonrisa.

—Bastaría con que alguien me lo encargase. Si todo largo camino se inicia con un paso, toda vida delictiva se desencadena con un crimen. Estoy a la espera de que una persona cualquiera me lo pida, para así poder dar expresión a quien me gustaría ser de verdad.

—Y... —titubeé porque me daba repugnancia mi propia pregunta— ... ¿por qué hace falta que se lo pidan? ¿No podría usted... no podría usted tomar la iniciativa... solo?

Neverseen echó hacia atrás la cabeza y se rió sin hacer ruido.

—Para eso tendría que detestar profundamente a alguien, y he de decirle que soy incapaz de odiar. El odio me parece algo inaudito, o al menos insuficiente para llegar a

matar. Lo más que puedo sentir es indiferencia. Pero si se dieran las debidas condiciones, yo... yo podría dejarme llevar por el odio ajeno. En otras palabras, yo... yo sería capaz de cometer un crimen de encargo.

Con toda rapidez me puse a recoger mis cosas.

–Tengo la sensación de que... de que pronto vendrá a verme para pedirme algo – me dijo.

Me levanté bruscamente para marcharme. Me parecía una insolencia que me hablara así, pero no pude dejar de pensar en que... bueno, en que yo no quería matar a nadie. Al menos de momento. Si tampoco conocía a demasiadas personas. Si tampoco le deseaba la muerte a nadie... salvo... ¿Tal vez a mi editor, que me animaba constantemente a vivir más allá de mis biografías? ¿Tal vez a alguno del puñado de lectores descontentos que protestaban tan airadamente cuando encontraban faltas en mis textos, especialmente al autor de aquel comentario “usted asume demasiado, tergiversa la verdad, interpreta a su aire...?”

–Yo, todo lo que necesito, lo hago sola respondí–. Ni siquiera... ni siquiera me hacía falta haber hablado con usted para conocerle de cerca. Yo ya anticipaba todo esto... yo ya sabía cómo es usted y en qué consisten sus secretas aspiraciones... yo...

Neverseen se puso de pie y me miró con conmiseración. Bajó la voz lo más que pudo, como si se hablara a sí mismo.

–Usted cree que lo sabe todo y que vaticina el futuro... pero ¿qué sabe de sí misma realmente? ¿Qué anticipa que podría hacer usted algún día si las circunstancias fueran propicias para cometer un asesinato y tuviera razones suficientes? ¿Cómo cree que reaccionaría si la hubieran asaltado brutalmente? ¿Mataría o no mataría si hubieran transgredido su territorio, destruido su hogar, aniquilado su modo de vida, hostigado a

alguien querido, profanado su fe, devastado fanáticamente sus argumentos, violado su carne, acosado su existencia...?

Me encaminé hacia la puerta de salida sin querer escuchar una palabra más. Él me siguió de cerca, y a la altura de la salida me habló casi al oído.

—¿O es que acaso ninguna de sus biografías incluyen datos sobre circunstancias de este tipo? ¿O es que las vidas que nos cuenta año tras año carecen de dimensiones más allá de lo que se ve y se escucha? ¿O es que no se atreve a adentrarse en la persona que existe detrás de las fechas y de los sucesos? Yo he leído algunos de sus trabajos, y le diré que todo se queda en la superficie. Hay insinuación, pero no veracidad. Abundan los hechos, pero no se ve nunca al ser humano que existió de verdad...

Tomé más aire del que iba a necesitar para hablar.

—¿Lo mío es todo objetivo, todo justificado, todo documentado...!

Neverseen me tomó del brazo, y entonces me di cuenta de que temblaba.

—¿Es que no comprende que los crímenes de los demás son los crímenes de todos?

Yo le miré a los ojos, ahora ya sanguinolentos. De cerca su cabello era cano y no pajizo, su piel translúcida, sus ojos negros.

—¿Entonces —adiviné— usted sí ha sufrido en su carne los horrores que antes contaba?

Neverseen dejó de mirarme tan intensamente.

—Al final no importa lo que yo haya vivido, si terrible o afortunado. Es posible que escribir esta biografía inventada me permita vengarme de cuanto me ha sucedido, aunque sólo sea en la página impresa. No entiendo por qué nadie escribe la biografía de los que no conocieron la gloria...

–Yo... –empecé a decir, pero me callé porque quería irme cuanto antes para no escuchar más.

–Alguien al servicio de los grandes y de los célebres pensará que todas las demás vidas han sido tan sólo innecesarias...

En la biblioteca, los demás lectores seguían leyendo, y felizmente nadie había escuchado una palabra de nuestra conversación. Pero esta vez Neverseen soltó una carcajada sonora que retumbó por todo aquel inmenso espacio hasta perderse entre las filas de libros. Los demás lectores levantaron la vista durante breves segundos para comprobar que nada merecía su atención.

–¡Bah! –dijo uno de ellos.

Pero yo sabía lo que ninguno de ellos sabía. El secreto terrible de un hombre. Sí, escribiría la vida de Neverseen, se lo propondría a mi editor. Mi próximo libro. La vida de un asesino. Si no me hacían falta datos, si yo no requería referencias o antecedentes o entrevistas. Yo ya lo sabía todo, desde el principio al final.

–Le devuelvo su bloc de notas. No voy a necesitarlo...

Relato de “Zero Negative – Cero negativo” de Isabel del Río, publicado por Araña Editorial, 2012.

© Isabel del Rio 2018